

Periodismo y literatura: una contribución a la delimitación de la frontera

SONIA FERNÁNDEZ PARRATT

sfparrat@hum.uc3m.es

Universidad Carlos III de Madrid

Recibido: 27 de julio de 2005

Aceptado: 14 de diciembre de 2005

RESUMEN Inicialmente los periódicos apenas contenían noticias en el sentido que hoy se les da y prácticamente todo lo que ocupaba sus páginas era literatura. Posteriormente, las actividades periodística y literaria estuvieron estrechamente vinculadas y se cruzaron con frecuencia: muchos literatos se ganaron la vida escribiendo en los diarios y numerosos periodistas se dedicaron a la literatura. En la actualidad, tras haberse producido un paulatino distanciamiento, se está dando una nueva interdisciplinariedad. Ambas actividades se sirven mutuamente y a menudo se debate sobre la dificultad para establecer unos límites que, si bien en ocasiones resultan difusos, demuestran que periodismo y literatura no son lo mismo.

Palabras clave: Periodismo; literatura; interdisciplinariedad; elementos diferenciadores

Journalism and Literature: a Contribution to the Establishment of the Border

ABSTRACT Newspapers hardly contained news at the beginning and their pages were mostly filled with literature. Later, journalism and literature were very close and they often came across each other: many writers lived on writing in newspapers and lots of journalists took up literature. Nowadays, after a slow separation, a new interdisciplinary is appearing. Both activities serve each other and there are many debates on the difficulty to establish the limits which, in spite of often being blurred, they prove that journalism and literature are not the same thing.

Keywords: Journalism; literature; interdisciplinary; distinguishing features

SUMARIO: 1. El punto de partida. 2. Una larga relación. 3. ¿Una nueva interdisciplinariedad? 4. Elementos diferenciadores. 5. Conclusiones: periodismo y literatura no es lo mismo. 6. Referencias bibliográficas.

1. El punto de partida

Antes de entrar en la cuestión que aquí se pretende tratar, es preciso hacer algunas puntualizaciones previas sobre el concepto de obra literaria. Cuando los estudiosos hablan de literatura, suelen hacerlo tomando como referencia un canon que elaboraron las artes poéticas antiguas y posteriormente adoptaron los filólogos académicos del siglo diecinueve, y que está formado por obras consideradas modélicas y poseedoras de “valor artístico”. Cada cultura identifica ese canon con una especie de memoria literaria inmutable en el tiempo a la que suele denominarse tradición que, en el caso de la cultura occidental está formada por los denominados clásicos, obras que actúan como modelos permanentes en la memoria de escritores y lectores. Según ese canon, son literarias las obras “*impresas* escritas en clave de *ficción* que forman parte de una tradición transhistórica integrada por *clásicos*, obras selectas dotadas de valor canónico” (Chillón, 1993: 15). Obsérvese por tanto, que el concepto más tradicional de literatura aparece asociado a la idea de ficción.

Especialmente hasta el segundo tercio del siglo diecinueve, la palabra literatura hacía referencia casi exclusivamente a un conjunto de textos impresos producidos por minorías cultas y consumidas por un público selecto de condición aristocrática o burguesa (Chillón, 1993: 19-20). Desde entonces, y especialmente con la aparición de la prensa de masas, esta concepción se ha transformado considerablemente y en la actualidad el consumo de literatura no es tan restringido y suele entenderse que un texto es literario cuando un público determinado hace uso de él como tal. Esta es la idea de literatura de la que se parte aquí para tratar hacer nuevas aportaciones al establecimiento de una frontera entre el periodismo y la literatura.

2. Una larga relación

Dos son las perspectivas que se deben tener en cuenta a la hora de analizar las complejas conexiones que se han ido estableciendo durante años entre ambas disciplinas. Por una parte, el ámbito académico donde siempre se han situado los teóricos literarios y los investigadores del periodismo, y por otra, el ámbito profesional en el que se sitúan escritores y periodistas.

Durante el siglo XVIII y especialmente en los comienzos del XIX, el ámbito académico se vio enriquecido por la publicación de numerosos tratados de elocuencia y retórica. Inicialmente se centraron en la oratoria hablada, pero a medida que la cultura escrita se hacía más popular las publicaciones se inclinaron más a la enseñanza de la escritura de textos líricos y prosísticos. Como consecuencia lógica de proceso, los preceptistas retóricos y literarios empezaron a incorporar en sus tratados, a modo de pequeñas alusiones, algunas orientaciones sobre redacción para textos periodísticos, algo que en los países de habla hispana se produjo a partir de 1840 y en el entorno anglosajón posteriormente (Salaverría, 1998: 52). La primera monografía sobre redacción periodística¹, todavía algo arcaica, se publicaría en 1886 (Salaverría,

¹ Se trata de un pequeño libro de apenas cien páginas titulado *Writing for the Press. A manual for editors, reporters, Correspondents and Printers*, del norteamericano Robert LUCE.

1997: 61-94) y desde entonces los consejos sobre redacción periodística fueron haciéndose cada vez más frecuentes, con la característica común de las discrepancias a la hora de encuadrar ese tipo de escritura en un campo de estudio concreto.

En España, el debate en torno a la relación entre el periodismo y la literatura tuvo sus orígenes hace más de cien años. El momento en que se planteó académicamente se sitúa en 1845, cuando Joaquín Rodríguez Pacheco defendió, en la lectura de su discurso de entrada en la Real Academia Española, los derechos literarios del “género independiente” del periodismo (Acosta Montoso, 1973: 62). Las primeras referencias al periodismo que aparecen en los manuales españoles de retórica y preceptiva literaria ponen de manifiesto la existencia de diversas corrientes para la clasificación del periodismo, como la representada por quienes lo consideraban un género literario estrechamente vinculado a la vida política, la de los que lo definían como una manifestación literaria del género didáctico o la de aquellos que se declaraban incapaces de adscribirlo a ningún género literario u oratorio conocido. Pese a estas opiniones tan dispares, no se puede sino estar de acuerdo con la conclusión a la que llega el profesor Ramón Salaverría de que la publicación de los primeros manuales monográficos sobre periodismo en nuestro país se produjo “gracias a que los tratadistas literarios del diecinueve esbozaron una normativa redaccional para los textos periodísticos que sirvió de modelo directo para la organización de los índices de los manuales de escritura periodística” (Salaverría, 1998: 52-68).

En lo que respecta al segundo ámbito, el profesional, el periodismo francés y el anglo-americano se desarrollaron desde el punto de vista literario de maneras distintas, debido principalmente a diferencias culturales. En el mundo anglo-americano, la prensa creció independiente del terreno de la literatura porque los escritores no consiguieron imponer sus normas y valores literarios a los periodistas. A finales del siglo diecinueve, los pocos novelistas y poetas que trabajaban en periódicos eran críticos literarios que raramente salían de su especialidad (Chalaby, 1996: 303-326). De hecho, la única gran figura que se vio tentada por la carrera periodística fue el escritor británico Charles Dickens, quien se convirtió en editor del diario *Daily News* en 1846 para abandonar este trabajo sólo tres semanas después.

En Francia, por el contrario, aunque el éxito como periodista no era suficiente para alcanzar el reconocimiento social, muchos jóvenes veían en él un primer paso hacia una carrera brillante. La élite literaria estuvo tradicionalmente muy vinculada al periodismo y hasta el fin del segundo imperio ocupaba posiciones dominantes en el mundo de la prensa, lo que explica la importancia que tenían los valores literarios para los periodistas franceses; prueba de ello es que el mayor honor para ellos era ser nombrado miembro de la Academia Francesa y los pocos que lo conseguían siempre firmaban sus textos con la mención “de l’Académie française”.

Por otra parte, la fuerte presencia del capital literario en el campo periodístico producía y al mismo tiempo era producto de una “jerarquía de prácticas discursivas”:

Las noticias nunca alcanzaron en el periodismo francés el lugar ocupado en el anglo-americano, ya que los contenidos informativos de los diarios se juzgaban desfavorablemente en comparación con los considerados más altos géneros literarios como la poesía y la novela, practicados por grandes figuras del diecinueve como Lamartine, Balzac o Víctor Hugo. Las prácticas discursivas que tenían un carácter demasiado periodístico eran criticadas por los escritores establecidos, que denunciaban la americanización del periodismo francés y luchaban por mantenerlo más literario, discursivo y opinativo. Los textos periodísticos que sí se publicaban se usaban como medio para la crítica social y se caracterizaban por tratar aspectos como las condiciones de vida del proletariado, la miseria o la vida de prostitutas y criminales. (Chalaby, 1996: 303-326)

De manera similar a lo que sucedía en Francia, una de las principales aspiraciones de los escritores españoles en la segunda mitad del diecinueve era ocupar un puesto en la organización política de la sociedad y el camino para lograrlo solía ser entrar a formar parte de la redacción de un periódico de prestigio social y, gracias a los contactos que allí se establecían y al apoyo de algún político, obtener un cargo oficial para acabar convirtiéndose en hombre público o, en el caso de los poetas, ver su obra publicada (Urrutia, 1997: 65). Resulta irónico que, a pesar de que en el periodismo ideologizado y eminentemente literario apenas dejaba espacio a la noticia, no todos los escritores que publicaban sus trabajos en los periódicos eran considerados periodistas. Esta designación se reservaba para aquellos que ofrecían de forma asidua información de actualidad y noticias, lo cual demuestra que ya se comenzaban a distinguir géneros exclusivamente periodísticos diferenciados del literario (Seoane, 1983: 65). Al mismo tiempo, los escritos periodísticos fueron paulatinamente diferenciándose geográficamente de los puramente literarios en la distribución de los contenidos de los diarios.

3. ¿Una nueva interdisciplinariedad?

A pesar de ese distanciamiento, y aunque ya se habían dado casos anteriormente, es sobre todo a partir de comienzos del siglo veinte cuando una serie de escritores-periodistas empiezan a crear desde obras consideradas plenamente literarias, como la novela realista del siglo XIX, hasta ejemplares neoperiodísticos a partir de los sesenta, caracterizados por la combinación de hechos veraces y técnicas de la literatura de ficción y que diluían las fronteras entre ficción y realidad, entre novela y reportaje. Ejemplos de todas ellas nos las han dado Galdós, Clarín, Balzac, Dickens, Ortega y Gasset, Hemingway, Dos Pasos, Josep Pla, Truman Capote, Norman Mailer, Günter Walraff o Manuel Vicent, entre muchos otros.

En los años ochenta será cuando surjan verdaderas propuestas de ruptura con los esquemas informativos más convencionales. Una de las más destacadas es la del manualista R. Thomas Berner con el concepto *literary newswriting*, de raíces neoperiodísticas y basado en la creación de un producto periodístico que “supone el matrimonio en la escritura periodística entre la documentación a fondo y las técnicas literarias” (Berner, 1986: 2). El influjo de la literatura no sólo está presente en

reportajes y crónicas sino que se ha extendido hasta impregnar el propio periodismo informativo –el tratamiento de las noticias está cambiando hacia un estilo más atractivo y una mayor preocupación estética–, donde la opinión mayoritaria es que toda técnica literaria forma parte de una cada vez más importante dimensión estética y está permitida siempre que el texto resultante informe de manera concisa y fiel sobre lo ocurrido.

Este periodismo literario goza de un gran reconocimiento en la prensa debido en parte a la necesidad de encontrar fórmulas para atraer al lector ante la competencia de los otros medios, incluso a pesar de restricciones como la necesidad de tiempo y de dinero, y una tendencia defendida por algunos a una prensa que prima los textos de lectura rápida y lo visual. Al mismo tiempo, cada vez son más los periodistas y escritores que se introducen en el mundo de la narrativa de no ficción valiéndose de técnicas propias del periodismo de investigación, dando lugar a toda una producción editorial de ejemplares definidos que para algunos (Cantavella, 2002: 13) no son ni literatura ni periodismo sino un punto de confluencia entre ambos.

Ante este panorama cabe preguntarse si estaremos asistiendo a una nueva interdisciplinariedad de dos campos que ya no sólo se influyen mutuamente sino que se hibridan hasta diluirse las fronteras que antes las delimitaban, y términos tan comunes hoy como periodismo literario o narrativa creativa no ficticia se presentan como exponentes de este fenómeno. La propia expresión ‘periodismo y literatura’ ya sugiere una interdisciplinariedad, que los teóricos analizan y debaten tratando de asentar sus bases teóricas y metodológicas. El estudioso británico David Randall se sitúa en esa línea admitiendo que periodismo y literatura son ejercicios profesionales diferentes pero defendiendo sus similitudes y refiriéndose a la actividad del que escribe de esta manera:

Escribir para los periódicos es diferente de escribir una novela o un relato, pero no tanto como a algunos les gustaría pensar. Todos los textos bien escritos tienen algunas cosas en común. Son claros y fáciles de leer, utilizan un lenguaje fresco, estimulan y entretienen. Esto se aplica tanto a un reportaje bien escrito como a una novela bien escrita (Randall, 1996: 103-104).

También son muchos los escritores-periodistas que se han lanzado a respaldar la citada hibridación. El actual director del Instituto Cervantes en Nueva York, Antonio Muñoz Molina, lo hace hasta el punto de no distinguir entre escribir para un periódico o hacer una novela porque “aunque sean géneros diferentes, en ambos casos me enfrento a exigencias técnicas parecidas, a la necesidad de descubrir lo que sucede, de captar las sensaciones y las imágenes, de indagar en el alma de la gente” (Barbería, 1998: 36). Algo similar defiende el gallego Manuel Rivas con estas afirmaciones:

Digo escritor y no periodista a sabiendas. Para mí siempre fueron el mismo oficio. El periodista es un escritor. Trabaja con palabras. Busca comunicar una historia y lo hace con voluntad de estilo. La realidad y parte de mis colegas se empeñan en desmentirme. Pero sigo creyendo lo mismo (Rivas, 1997: 19).

Pese a estas y otras muchas posturas que hoy defienden la interdisciplinariedad existen, a mi parecer, suficientes elementos diferenciadores de peso para negar que periodismo y literatura sean lo mismo.

4. Elementos diferenciadores

Hoy son bastantes los escritores para quienes la literatura, en contraposición al periodismo, se basa en elementos estéticos y en el uso de la ficción. Considerar que el compromiso con la realidad constituye la principal del periodismo es indiscutible - como se verá posteriormente- pero no lo es tanto esa idea de la literatura: como ya se señaló, hoy la prensa publica a diario textos en los que se hace uso de elementos estéticos sin que por eso dejen de ser periodísticos. Así pues, no puede decirse que el componente estético sea un elemento diferenciador válido.

Una de las notas características del lenguaje periodístico es, según Martínez Albertos, la preocupación por lograr cuanto antes la máxima comprensibilidad del mensaje por parte del receptor, aun admitiendo que los textos periodísticos están sometidos a un tratamiento cada vez más próximo a la “mentalidad creadora del comunicador literario” (Martínez Albertos, 2004: 395-400). Frente al efecto poético del mensaje literario, entendido por Umberto Eco como la capacidad que tiene el texto de generar lecturas siempre distintas, la noticia debería codificarse como texto de una sola lectura, sin ambigüedades, con el objetivo de alcanzar la mayor cota de no intencionalidad posible (Aguilera, 1992: 25). Así pues, una de las grandes diferencias entre el periodismo y la literatura radica en que la finalidad prioritaria del primero es informar, aunque también busque a menudo entretener haciendo uso para ello de técnicas literarias. La literatura tiene unos fines más estéticos y de entretenimiento, a los que a veces acompañan de los informativos.

También debe tenerse en cuenta la selección de contenidos: en un periódico o cualquier otro medio de comunicación tiene cabida casi todo pero sólo la información de actualidad puede considerarse periodismo en el sentido puro. Además, en el periodismo se seleccionan hechos siguiendo criterios de utilidad pública –o al menos así debería ser– mientras que en la literatura existe una libertad absoluta de contenidos y su selección puede obedecer a múltiples criterios que en cualquier caso dependen únicamente del autor.

Por otra parte, partiendo de la definición del periodismo de Juan Bosch como una profesión que “usa el lenguaje así como lo usan los literatos, pero no para inventar situaciones y personajes como hacen ellos sino para describir y comentar hechos que ocurren y para exponer situaciones” (Bosch, 1989: 70-71), la realidad se presenta como otro elemento diferenciador clave. Tradicionalmente, se ha identificado la literariedad con ficción al considerar que la literatura trata de imitar hechos reales construyendo ficciones, mientras que el periodismo siempre ha dado a conocer acontecimientos que tuvieron lugar realmente, lo que permite afirmar que éste último es una actividad más estricta y restrictiva que la literatura. En esta línea se sitúa Lorenzo Gomis:

Los géneros literarios imitan o mimetizan la realidad con acciones imaginarias: es una ficción. Los personajes son inventados e incluso cuando tienen el nombre y evocan la presencia de seres reales tienen libertad para atribuirles palabras y acciones inventadas (...). El periodismo, en cambio, tiene como función explicar lo que pasa realmente a personas conocidas y lo que nos puede pasar como consecuencia de esos hechos que se comunican. Tiene por eso menos libertad que la literatura (Gomis, 1989: 129-141)².

En su libro *The Faber book of reportage*, John Carey mantiene una férrea defensa del género periodístico por antonomasia al señalar que el reportaje se basa siempre en la realidad, aun cuando su lectura llega a sustituir a la ficción produciendo en el lector efectos emocionales similares a los de la literatura imaginativa. A las obras de los novelistas del diecinueve que utilizaron las técnicas reporterísticas introduciendo hechos reales en sus historias de ficción para acrecentar su realismo, las considera imitaciones de periodismo “porque carecen del ingrediente absoluto y vital del reportaje, que es el hecho de que el lector sabe que lo que está leyendo ocurrió realmente” (Carey, 1987: 37-38).

Así pues, para la mayoría de los académicos periodismo y realidad van indudablemente de la mano, mientras que la ficción parece más bien la nota más característica de la literatura. Pero éste es un planteamiento simplista porque olvida que las obras literarias también pueden estar basadas en hechos reales, como es el caso de narraciones de viajes, memorias o ensayos. La plasmación de hechos que respondan a la más estricta realidad, y por ende la sujeción a la verdad, ya no es necesariamente una característica exclusiva del periodismo, aunque la diferencia está en que mientras que en la literatura se trata de algo opcional y no es un fin en sí mismo, en el primero es de escrupulosa obligatoriedad.

Este argumento plantea la duda de dónde encajaría el campo de la literatura testimonial. Las biografías, por citar un ejemplo, son obras literarias cuyos lectores asumen que han sido escritas bajo un estricto compromiso con la realidad por parte del autor y sin embargo no reciben la consideración de periodismo. Esta excepción introduce un nuevo aspecto diferenciador, que es el soporte y la periodicidad del producto. El aspecto temporal es intrascendente a la hora de decidir si calificar un texto de literatura, que aunque puede publicarse en la prensa —es el caso de las novelas por entregas—, suele llegar al lector a través de libros sin una periodicidad determinada. Por su parte, los textos periodísticos tienen como soporte el periódico diario y deben llegar al público de forma puntual y periódica, de ahí su naturaleza efímera.

Ante la creciente producción de reportajes-libro iniciada con ejemplares de periodismo de investigación como *All the President's Men*, o libros recopilatorios de

² Por sus palabras, se entiende que Lorenzo GOMIS relaciona siempre a la literatura con la ficción. Cuando ésta se basa en hechos reales, el autor considera que se trata de periodismo, la modalidad de periodismo que suele denominarse reportaje novelado.

reportajes, algunos estudiosos como las británicas Luckhurst y Princep se preguntan si éstos no supondrán una intromisión en el terreno de la literatura precisamente porque un libro no debería considerarse periodismo (Luckhurst y Princep, 1996: 236-237). Estas incursiones, más que intromisiones, no son sino muestras de cómo ambas disciplinas pueden llegar a influenciarse mutuamente hasta cruzarse, al igual que ocurre con los textos literarios publicados en la prensa. Pero al contrario de quienes definen esos ejemplares como periodismo literario, cabe cuestionarse si no sería más correcto decir literatura para de prensa o, como dirían van Noortwijk y van Haastrecht, literatura periodística (van Noortwijk y van Haastrecht, 1997: 12), y dejar el primer término para textos periodísticos con altas dosis de literarias, como los grandes reportajes.

Un último elemento diferenciador lo constituye la actividad profesional. El periodista, pese a que puede contar un estilo propio que caracteriza sus textos, tiene la obligación de aplicar unas técnicas profesionales determinadas, está sometido a unas normas de funcionamiento interno del periódico para el que trabaja, tiene unas limitaciones espaciales y temporales, y contribuye con su labor a la confección del producto final que es el diario y en la que participa un colectivo de personas. Por el contrario, el creador literario realiza una labor individual, suele tener absoluta libertad en su trabajo y su labor creativa no se ve condicionada por la disponibilidad de espacio y tiempo ni por unas rutinas profesionales.

5. Conclusiones: periodismo y literatura no es lo mismo

Un repaso a la historia del periodismo nos muestra que inicialmente los periódicos apenas contenían noticias en el sentido que hoy se les da y prácticamente todo lo que ocupaba sus páginas era literatura. Aproximadamente desde que surgió la prensa de masas, las actividades periodísticas y literarias estuvieron estrechamente vinculadas y se cruzaron con frecuencia: muchos literatos se ganaron la vida escribiendo en los diarios, y a la inversa, numerosos periodistas se dedicaron a la literatura. En la actualidad, tras haberse producido un paulatino distanciamiento de ambas disciplinas, asistimos a un reencuentro, un retorno a la literatura por parte del periodismo debido principalmente a la necesidad que tiene la prensa de encontrar fórmulas para atraer al lector ante la competencia que suponen los medios de comunicación audiovisuales y, cada vez más, las nuevas tecnologías de la información.

Que el periodismo y la literatura se sirven mutuamente y que se está dando una tendencia a la interdisciplinariedad parece innegable, de ahí que la mayoría de los debates actuales sobre esta cuestión se centren en la dificultad para establecer unos límites que, si bien en ocasiones resultan difusos, existen. Elementos diferenciadores como la finalidad, el compromiso con la realidad y la veracidad, el soporte y la periodicidad, la selección de contenidos y la actividad profesional del autor, tienen el suficiente peso para constituir una contribución a la delimitación definitiva de la frontera que separa dos actividades que a menudo se complementan.

6. Referencias bibliográficas

ACOSTA MONTORO, José

1973: *Periodismo y literatura*, I. Madrid, Guadarrama.

AGUILERA, Octavio

1992: *La literatura en el Periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*. Madrid, Paraninfo.

BARBERÍA, José Luis

1998: “Antonio Muñoz Molina obtiene en Francia el premio Fémina a la mejor novela extranjera”, en *El País*, Madrid, 7 de noviembre, p. 36.

BERNER, Thomas

1986: “Literary Newswriting: the Dead of an Oxymoron”, en *Journalism Monographs*. Chicago, AEJMC, p. 2.

BOSCH, Juan

1989: “Conferencia sobre periodismo y literatura”, en *Textos culturales y literarios*. Santo Domingo, Alfa y Omega, pp. 70-71.

CANTAVELLA, Juan

2002: *La novela sin ficción. Cuando el periodismo y la narrativa se dan la mano*. Oviedo, Septem Ediciones.

CAREY, John (ed.)

1987: *The Faber book of reportage*. London, Faber and Faber.

CHALABY, Jean K.

1996: “Journalism as an Anglo-American Invention”, en *European Journal of Communication*, vol. 11, nº 3. London, SAGE, pp. 303-326.

CHILLÓN, Lluís Albert

1993: *Literatura y Periodismo*. Valencia, Universitat de València.

GOMIS, Lorenzo:

1989: “Gèneres literaris y gèneres periodístics”, en *Revista Periodística*, 1. Barcelona, pp. 129-141.

MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis

2004: *Curso general de redacción periodística*. Madrid, Paraninfo (5ª ed.)

NOORTWIJK, Annelies van y HAASTRECHT, Anke van (eds.)

1997: *Periodismo y literatura*. Amsterdam, Rodopi.

RANDALL, David

1996: *The Universal Journalist*. London, Pluto Press.

RIVAS, Manuel

1997: *El periodismo es un cuento*. Madrid, Alfaguara.

SALAVERRÍA, Ramón

1997: “Aproximación a los orígenes de la preceptiva sobre escritura periodística (1840-1940)”, en *Comunicación y Sociedad*, vol. X, núm. 1. Pamplona, Universidad de Navarra, pp. 61-94.

1998: *La noticia en los manuales de Periodismo: evolución del concepto y de las normas redaccionales* (tesis doctoral). Pamplona, Universidad de Navarra.

SEOANE, María Cruz

1983: *Historia del periodismo en España 2. El siglo XIX*. Madrid, Alianza.

URRUTIA, Jorge

1997: *La verdad convenida*. Madrid, Biblioteca Nueva.